PARTE III

CHILE

CAPITULO IV

UN PROGRAMA DE MEJORAMIENTO CAMPESINO

Introducción .--

- La miseria: a) el desamparo original; b) ignorancia ambiente; c) atrofia de la economía individual; d) el raquitismo económico nacional; e) incuria de la clase gobernante.
- 2.-Un plan de mejoramiento:
- 3.—Educación rural: a) organización del sistema; b) defectos actuales; c) nuevas orientaciones; d) la escuela primaria campesina; e) secciones vocacionales; f) las misiones; g) la escuela normal regional, organización, planes, programas y métodos; h) conclusión.

CAPITULO IV

UN PROGRAMA DE MEJORAMIENTO CAMPESINO

Introducción. En los capítulos anteriores, hemos analizado la obra que México realiza desde 1921, para elevar el nivel de vida de las clases ínfimas, y la cruzada semejante de la Unión. En ambos países, la meta se divisaba desesperadamente lejana. Acometieron la obra, a pesar de ello. Tan indispensable parecía. La primera fué hija de la revolución; la segunda de la previsión inteligente de la iniciativa privada, a la que secundó después la acción del Gobierno. Las insurgencias mexicanas significaron una pérdida ominosa de vidas, un brutal cercenamiento de riquezas y un vuelco de las estratas sociales, tan formidable, que aún hoy se las siente trepidar como si todavía no hallaran asiento firme y duradero. Se pagaron con cerca de un millón de vidas humanas. La población, de 15.061.000 en el año de 1910, había descendido en 1921 a 14.184.000. La carencia de estadísticas bien observadas, dificulta la apreciación exacta de las pérdidas materiales; pero algunos datos de los censos agropecuarios, pueden ayudar a formarse un concepto. En 1902, existían en los predios aztecas sobre cinco millones de ganado bovino, cerca de un millón de caballos; más de cuatro millones de cabras. En 1924, el número de los primeros aún no subía sobre los dos millones. La disminución era de un 67,9%. En los caballares, de un 54,5%; en las cabras de un 55,6%, cifras elocuentes para apreciar la violencia exterminadora de la revolución. (25).

Gracias a la previsión de los particulares, al hábito cooperador que permitió aprovechar en un solo haz las inidiativas Iugareñas, la técnica de los elementos universitarios, la organización servicial burocrática y la ayuda financiera del Estado, se han podido extender a toda la República, los beneficios de una obra más completa que la mexicana y exenta de sus crueldades, miserias y larga secuela de convulsiones. Lo que uno ha logrado apenas con el derramar de la sangre y el tornado revolucionario, lo ha conseguido el otro gracias a una más clara concepción de los deberes de la solidaridad social. Una se pregunta, pensando en ello, si los pueblos eligen su camino, o si él está determinado por la constitución

psico-fisiológica de sus gentes. Algunos progresan porque gobernantes y ciudadanos, alertas a los cambios exigidos por los anhelos del mundo, van adaptando día a día sus instituciones, la repartición de sus riquezas y la escala de sus valores sociales a los nuevos propósitos. Ceden privilegios de ayer, para afianzar la vida de mañana. Emplean la inteligencia para vivir mejor. Otros, la canalizan de modo preferente hacia la especulación mística y filosófica, la investigación científica, la dialéctica política y el arte en sus varias y maravillosas manifestaciones. Pero no dejan mucho para la vida práctica. Se resisten al cambio; no admiten el eterno devenir de los valores sociales; oponen toda clase de pequeños obstáculos a las nuevas corrientes; se encastillan en sus conquistas económicas y sus privilegios, hasta que la revolución barre sus cabezas decapitadas.

Tal aconteció en México. La dictadura de don Porfirio Díaz, marca el apogeo de un gran desarrollo económico. Nunca estuvo el Fisco más rico; nunca las clases altas gozaron de mayores refinamientos. El coro de los satisfechos apagó el sordo clamor de los de abajo. Desoyeron el malestar de las clases populares soterradas por siglos de miseria, hasta que la revolución estalló con impetu formidable.

Antaño, eran las hordas salvajes de las

tierras lejanas y desconocidas las que amenazaban el sibaritismo de la Roma imperial. Hoy, los bárbaros no están más allá de las fronteras; se hallan aquí, en cada país, en sus masas incultas y míseras. Porque las estratas altas no las han redimido, porque permiten que sigan vegetando obscuramente para explotarlas con mayor facilidad, las tenemos acechantes. No razonan, no medirán tampoco la consecuencia de sus actos. Se dejan guiar por el instinto. Como el animal hambriento, esperan un descuido o un momento de debilidad de su enemigo superior para devorarlo. Este es el momento actual del mundo. Y es en grande o en pequeño, la historia de siempre. Pertenecemos -felizmente- a una especie animal de anhelos insaciables. con reconocernos groseros y malvados, aspiramos a una felicidad mayor, a un bien más alto, a una justicia más pura, a una belleza iamás realizada. Y mientras no encontremos la fórmula que permita a todos el amplio goce de ese anhelo de superación, dentro de los límites de la conveniencia colectiva, no conoceremos la paz social duradera. Democracia, socialismo, comunismo, son tanteos, aproximaciones, que valen sólo en cuanto tienden a aminorar las injusticias y desigualdades derivadas de privilegios anteriores. La única terapéutica fecunda es disminuir la barbarie de los bárbaros; tratar de concluir con la miseria,

con la ignorancia, con el dolor y los vicios nacidos de la desesperanza. ¿Imposible? No. Todo es posible para la volunad humana en el curso de los tiempos.

En Chile, pagamos hoy la imprevisión de las clases gobernantes de más de una centuria. Caos y desorientación política arriba. Descontento, sub-alimentación y miseria fisiológica abajo. Pobreza en casi todos. Nuestro pueblo está cansado de esperar. ¿Qué aguardamos? ¿La revolución? Tarde o temprano suena la hora de la violencia, cuando las voluntades no se mueven sin ella. Es un error imaginar que la sumisión, la resignación humilde, el fatalismo son eternos. En toda generación nueva, crepita la llama del descontento. El adulto se resigna. La juventud se subleva siempre. ¿Aplastarla? ¿Amordazar su voz? Podríase reprimirla hasta el momento de la explosión, que será tanto más intensa, cuanto mayor haya sido la coacción anterior. Rápida evolución o trágica revolución. A eso estamos abocados. Creo que aún es tiempo de evolucionar, y hacia ello van encaminadas estas palabras.

I.— LA MISERIA. En el problema de la miseria chilena convergen factores muy varios; psicológicos, algunos; sociales y económicos, los más.

Los primeros presentan un carácter individual cuando provienen de constituciones orgánicas defectuosas. Hay sub-normalidades que predisponen fatalmente a la pobreza, názcase o no en ambiente proletario. Gentes inhábiles para un esfuerzo continuado, de una capacidad mental muy reducida; sin sentido de las responsabilidades, inestables, abúlicas, presa fácil de todo vicio, si pertenecieron a familias pudientes se despeñan a la ruina en cuanto evaden el tutelaje, y si nacieron pobres, jamás podrán transgredir su órbita misérrima. Son, por desgracia, incurables.

La falta de atención a la higiene de las clases desheredadas, junto con una alimentación defectuosa y escasa, está dando por resultado un alarmante crecimiento del número de estos sub-hombres, escollo insalvable de toda medida de redención social, y el problema, de individual que fué al principio, tórnase poco a poco en problema colectivo.

Como causas psicológicas sociales de la miseria, aparecen el fatalismo, la ausencia de ambiciones realizables, los hábitos de incuria, de pereza, de qué me importa, y de vagancia aventurera.

Entre las que afectan particularmente a las estratas populares, cuéntanse como más importantes: el desamparo original, la ignorancia ambiente y la economía atrofiada.

a) El desamparo
original.—
Hay en Chile más niños
abandonados que los que
nacen sin padre legal. El

29,1% de hijos ilegítimos, que acusa el censo de 1930, cifra enorme en relación incluso con España, en donde es sólo de 6,0%, no comprende, sin embargo, a todos los niños que vienen al mundo en estado de desamparo paterno. El hombre inculto abandona aquí a su prole, legítima o no, por las causas más fútiles. Es que, en general, está atrofiado su sentido de responsabilidad hacia la mujer y el hijo.

Como herencia fatal del conquistador español, soportamos aún en estas Américas la irresponsabilidad paterna. El varón pasa de un amor, de una pasión, de un encandilamiento efímero a otro, sembrando hijos, sin curar se de las consecuencias. El se cree ausente de pecado. La que delinque es la mujer que se le rinde y, por lo tanto, ¡a ella, la expiación! ¡Cómoda teoría para el hombre! Fatal para la raza. Predispone al hijo a la muerte prema-

tura, a la miseria o al asilo. Estos, las gotas de leche, todas las obras de beneficencia, apenas si alcanzan a remediar un débil porcentaje de tanto daño.

Por su cantidad y por la trascendencia de sus resultados, es ésta la fuente más caudalosa de miseria, y acaso la que tarde más encegarse. El desamparo original deja a la criatura sin cuidados físicos adecuados en la niñez, le entrega a la ignorancia y al trabajo prematuro, factores que dificultan más tarde su progreso.

Ojalá que la ley, aprobada recientemente, para reprimir el abandono familiar, comience pronto a disminuir las consecuencias

de una incuria de siglos.

b) Ignorancia ambiente.— Cuando faltan en casa cultura y relativo bienestar, difícilmente se inculcan en

los hijos los deseos de obtenerlos. Los padres no les inscriben en la escuela, porque no saben valorizar las ventajas futuras de una preparación que sacrifica el presente en aras del porvenir, y se dejan guiar por las necesidades inmediatas. La ayuda del niño les parece urgente. La chica cuida a los hermanos menores, auxilia a la madre en las faenas cotidianas. El mozuelo va de mandadero, de ayudante del padre. Para la escuela no hay tiem-

po. Si lo envían en un momento de lucidez y de relativa holgura, le permiten faltar por cualquier causa, cuando no por la muy real de carencia de alimentos o de vestidos adecuados. Quién más quién menos, todos estos muchachitos son lazarillos de ciegos; van ayudando a vivir a la familia proletaria, ciega a las posibilidades de una cultura redentora.

Ignorancia ambiente, promiscuidad, ejemplos de borracheras semanales, malos tratos, impulsan, a veces, a los muchachos a huir del tugurio familiar para correr tras un miraje más soleado en la aventura trashumante. Los que se emancipan de este modo, requieren talento y personalidad señeras para enderezar alguna vez su propia existencia. Los menos dotados, pasan de la vagancia a la cesantía, al vicio y hasta al crimen. Son los futuros huéspedes carcelarios en cuya subsistencia y reeducación, el Estado va a erogar muchísimo más dinero que el que se habría requerido para la adecuada protección de su infancia.

Los que llegan a la edad adulta sin haber huído del hogar ni trasgredido las leyes, acaso están prematuramente agotados por trabajos excesivos para sus fuerzas. La madre, por lo general, muchísimo más consciente de su responsabilidad, más apta para la abnegación, más capaz de sacrificios que el padre, les ha salvado de los peligros morales pero, esclava del jornal ella también, no ha podido ofrecer-

les el solaz indispensable al aprendizaje de un oficio que permita un adelanto cierto.

Los derechos del niño, proclamados en Ginebra, son todavía entre nosotros letra muerta. Nadie se cuida de reclamarlos. Y es la triste verdad que un régimen político que no asegura a todos igualdad de oportunidades, que consiente que el niño desvalido entre a la vida con desventajas iniciales, aunque se denomine democracia no alcanza a ser más que una cínica parodia de tal.

c) Atrofía de la economía individual.—

Es la resultante de factores múltiples; de origen reciente algunos, herencia del pasado los más. En su

enumeración habría que incluir la exigüidad de los salarios, su mal empleo, el desconocimiento de los recursos naturales, la indolencia, los vicios, la incuria con que la clase gobernante ha mirado desarrollar estas debilidades, y como círculo vicioso, el raquitismo económico nacional.

El censo de 1930 señala una población agrícola de Chile de medio millón, distribuídos así: 29,6% propietarios, 20,7% inquilinos; 47,5% obreros agrícolas (afuerinos), y solamente un 2,2% empleados. El inquilinato culmina en las provincias de Valdivia (39,6%), Santiago, (33,3%) y Maule (34,6%). A la

inversa, Chiloé es la que presenta el máximum de propietarios: 56,6%. Adviértase el dato revelador que la cifra más alta de trabajadores agrícolas no la dan los inquilinos sino los obreros libres que viven en las aldeas vecinas a la hacienda, de allegados en alguna familia, o en galpones que, a veces, les construyen los fundos.

Nuestras estadísticas son incompletas en cuanto al monto de los jornales y la renta per capita, de modo que sólo pueden invocarse con caracteres de verosimilitud científica las cifras de dos encuestas: la del actuario austríaco. Dr. Otto Paul, que las estudió en 1928 para los cálculos de la Caja de Seguro Obrero Obligatorio, y una particular efectuada por la Comisión que elaboró los programas de las Escuelas Primarias Rurales, en 1934, y de la cual formamos parte. Actualmente, la Comisión nombrada por el Gobierno con fecha 11 de Octubre de 1935, para estudiar las condiciones de la vida popular, ha presentado nuevos informes, que, según lo que hasta ahora se ha publicado, confirman ampliamente las encuestas anteriores. (26).

La primera da como término medio semanal de los salarios rurales \$ 22,23 (pesos chilenos) para los hombres y \$ 15,33 para las mujeres. (Pág. 11.— N.o 4.— Año I de "Acción Social"), pero no indica si comprende las regalías anexas al sueldo en forma de tierras, ración, etc.

La segunda resulta así:

Salario en dinero.—Máximo\$ 6.00 diarios Mínimo 0.60 "
El término med. más frecuente
es 2.00 " En un año de 300 días
hábiles \$ 600.00 al año
Derechos a casa, ava- luado en \$ 30.—
mensuales 360.00 " "
Derecho a media cua- dra de tierra re-
gada 240.00" "
Derecho a talaje de dos animales 360.00 " "
Ración de una galleta, un plato de frejo-
les: \$ 0.50 diarios 150.00 " "
Sueldo anual total \$ 1.710.00
Sueldo mensual . 142.50
Sueldo semanal . 31.66
Diario en 6 días de trabajo 5.05

El jornal del peón afuerino, varía desde \$ 6.00 y \$ 8.00 diarios en el tiempo de las cosechas, hasta \$ 0.40 y ración de galleta, en temporadas ordinarias. Ni siguiera alcanza para recuperar las energías. Ya no es un misterio que la población rural chilena vive hoy sub-alimentada y andrajosa. Estipendios tan avaros hacen utópica la posibilidad de vestirse adecuadamente o de mantener a la familia en relativo bienestar.

Cuando la naturaleza se prodiga tan fastuosamente como en el valle central de Chile. rico en frutas, en legumbres y gramíneas, podría compensarse la escasez de dinero con el empleo cotidiano de alimentos nativos bien seleccionados, que se condimentaran apetitosamente, y con el producto de industrias perpetuadas por tradiciones rurales o enseñadas en las escuelas. Por desgracia, las clases dirigentes no se han percatado de estos problemas; en la alimentación campesina prevalecen aún la imitación rutinaria y las preocupaciones añejas. No se ha hecho nada, siquiera para inducirles a substituir materias nutritivas extranjeras y caras, por sus correspondientes nacionales

En cuanto a nuestros oficios y artes autóctonos, fueron rudimentarios siempre y han ido perdiéndose. Son escasísimas las tejedoras de chamantos, frazadas y ponchos; los talabarteros, los cinceladores en platería, fabricantes de utensilios de madera y de greda. No obstante, si aumentaran, disminuiría de inmediato la miseria de múltiples hogares. En-

señar a aprovechar los recursos ambientes es un medio de crear riqueza.

En el acápite del aprovechamiento del salario, se incluye primero su buen uso, y en seguida su multiplicación por medio del correcto empleo de los recursos naturales. Estos son los factores constructivos. Les minan la pereza, el fatalismo, la falta de orgullo de la faena bien hecha, la tardanza con que se la ejecuta, y los vicios que desmigajan y concluyen por hacer nula toda economía.

La pereza habitual acaso sea la resultante de una sub-alimentación continuada o de una nutrición defectuosa. Sin base científica alguna, se culpa también a la raza. El esfuerzo gigantesco de los primeros cincuenta años de la República parece desmentirlo. Ignoramos también hasta qué punto influyen factores psicológicos sub-conscientes. Cuando la meta aliviadora se columbra muy lejos, los empeños cotidianos aparecen sordos, infructuosos, estériles. Las masas, acorraladas desde siglos en la miseria, concluyen por perder la fe en la energía propia. Llegan a imaginar que si la salvación no se produce por algo exterior o independiente de la voluntad: hallar una mina, desenterrar un tesoro, recibir una herencia, ganar una lotería, triunfar en una revolución, no la van a obtener de otro modo. Desconfían de la eficacia de la tarea jornalera; esperan en el toque de fortuna, y corren tras los taumaturgos que la prometen. El lento acumular de energías y de centavos, se les antoja una quimera pueril.

Caen, por consiguiente, en el fatalismo, excusa sub-consciente de la pereza, filosofía de la inercia que se origina en los pueblos de actividad desorganizada, para arrojar sobre una entidad exterior la culpa de su imprevisión v laxitud. De nada vale esforzarse, cuando "Dios lo quiere" y "así estaba escrito". El fatalista es un ente pasivo, siempre que no se suponga inspirado por Dios o el destino para ejecutar proezas trascendentales. Sin embargo, si la raza, adaptándose a condiciones geofísicas favorables, llega a una madurez robusta, arroja por la borda el fatalismo y da paso al canto del ánimo individual triunfante. El fatalismo es un signo de debilidad psíquica racial. La confianza en el esfuerzo propio es índice de superioridad.

Tan grave como la pasividad fatalista, es la ausencia de amor propio en el trabajo. Los obreros mediocres cosechan un estipendio más mediocre aún. Círculo vicioso: la tarea ruín atrae un salario ruín, y viceversa. El orgullo de la gran labor no constituye entre nosotros un acicate frecuente. El asalariado vulgar se coloca ante los oficios como ante un enemigo de su pasividad. Y no le importa estafar a la faena juntamente con el patrón, "sacando la

vuelta", haciendo ademán de trabajar, y retardando horas, días y semanas el final de su compromiso.

Tres son las excelencias de la artesanía: honradez, destreza y prontitud. Honradez en ejecutar la obra a conciencia, tan bien como nos lo permitan nuestras facultades. Destreza para realizarla primorosamente, con la más perfecta técnica que se haya inventado. Y prontitud para terminarla en el tiempo necesario. El chileno, en general, no cultiva ninguna de las tres.

Entre los factores destructivos del salario surge en primer término la embriaguez alcohólica, vicio dominante en nuestro pueblo, y que está corroyendo por completo su vigor físico. No repitamos sobre él más que las palabras de Sarmiento, escritas ya cerca de un siglo, cuando era Director de nuestra primera Escuela Normal:

"Hay en Chile organizada una orgía nacional que principia el sábado y no concluye el Lunes, en que salarios, salud y deudas contraídas no dan abasto para la necesidad ardiente de esos días. La población de Chile no ha aumentado sino en una cifra limitada desde 1840; pero los plantíos de viña han decuplicado en el mismo tiempo". (27).

Lo afirmaba Sarmiento en 1855, en pleno auge vital. Los gérmenes de la decadencia futura, no curados a tiempo, crecen, se propagan y concluyen por destruir la salud de la nación. Hoy, Chile produce al año dos y medio millones de hectólitros de vino. No exporta más de medio millón, y consume, por consiguiente, 200 millones de litros. Mientras se bebe sólo 28 litros de leche al año, por persona, se absorben 60 litros de vino en el mismo tiempo.

El vicio azota más despiadadamente a las clases populares. ¿Por qué? ¿Por inclinación fomentada por el ejemplo diario? ¿Por falta de distracciones honestas, baratas y fáciles? Acaso también porque se recurre inconscientemente a la embriaguez cuando han muerto las esperanzas. Todos, en algún instante de profundo e irremediable desconsuelo, han pensado en los estupefacientes para huir de la situación de plebe que tuvo en España, nuestro pueblo, ¿hasta qué punto existe hábito vicioso o falta de ilusiones para mejorar su condición?

No podría terminarse este somero estudio de la miseria en Chile, si no apuntáramos los factores ajenos a las esferas populares: el raquitismo económico nacional y la falta de previsión de las clases gobernantes. d) El raquitismo económico nacional.— Somos hijos de soldados y aventureros, gentes que sentían un porfiado desprecio por las artesanías y

el trabajo manual, capaces de esfuerzos súbitos gigantescos, de sobrellevar penalidades heroicas, sin medida y sin sistema. "Mi descanso es el pelear", cantaban desde los Romances, los soldados castellanos. A los que llegaron a América, el trabajo tesonero no les interesaba. Para vivir, explotaban a otros. Necesitaban de la mano de obra indígena para construir sus casas, cultivar el agro y laborar las minas. Obsérvese cualquier arte colonial en América, la arquitectura, verbigracia. México y Chile son ejemplos diáfanos. Allí el indio era artífice de la piedra, la madera y la greda. Con su mano, se elevaron aquellos templos soberbios, esos altares tallados con primores de joyeles, esos retablos de cedro más sugestivos y trabajados que un poema de Góngora. En Chile no hay un solo edificio de piedra tallado en esa forma. Porque no había aquí artesanía ilustre en la raza autóctona, y el español que llegó, tampoco las cultivaba.

Esta soldadesca aventurera, de arrestos épicos e ignorante desprecio por el trabajo, de la situación de plebe que tuvo en España, vino a constituir entre nosotros la naciente

aristocracia. Sus hijos acentuaron la tendencia aristocratizante. Honraron la posesión de la tierra como signo de poderío v fuente de bienes, más no para trabajarla, sino para explotarla por intermedio de otros. En la ciudad, su ambición era la de ser "letrados". empleadillos del rey, soldados o frailes. Al segundón, la tienda. Y al indio, todo el trabajo rudo y los oficios. El araucano era guerrero y no artista; ennoblecía el ejercicio de las armas, y abandonaba por inferior la agricultura a las mujeres. Ellas proveían al sustento y al abrigo de la prole. El varón, además, era indómito. En estas tierras, fué la hembra indígena la que asimiló la precaria cultura del conquistador. El continuó en la guerra de siglos, defendiendo, siguiera en retirada, su frontera. El mestizo anhelaba parecerse al blanco, husmeaba sus huellas, y naturalmente, principió por evadirse del trabajo manual, quien sabe si menos que por pereza, por anhelo de superación de clase.

Faltó una burguesía, orgullosa de sus tradiciones artesanas o comerciales. Las faenas del tráfico en todos sus grados, las de las industrias y los oficios carecieron de prosapia. Nadie blasonó de pertenecer a una familia de "maestros", "artistas" o mercaderes de renombre. Cuando el que comerciaba era un español, solía jactarse de su sangre vasca o

castellana y dolerse de su vara de medir. ¡Más al mestizo, sólo le era permitida la dolencia!

Durante los dos primeros tercios del siglo XIX, el panorama social chileno varió muy poco. Hacía dos centurias que había concluído en el valle central el cruzamiento con el indígena, desalojado allí definitivamente (28). La capa inferior en el centro de Chile fué haciéndose más y más blanca, y se convirtió en el "roto", hijo de peones o de criados. Las industrias que la República iba necesitando para su incremento fueron implantadas por emigrantes, franceses la mayoría, italianos, españoles, y en años siguientes, británicos y alemanes. Es fácil probar tal aserto con el rol de patentes de la ciudad de Santiago, en año 1849, citado por Sarmiento en su "Educación Común", y en el que detalla 25 industrias diversas, de las cuales, 23 eran ejercidas por franceses. (29).

La clase media se formó lentamente, gracias a la paulatina ascensión del "roto", al descenso de algunas familias otrora aristocráticas y al cruzamiento con el elemento extranjero. El chileno de esta clase, cuando no era excepcional y no salía, aventurero a California o a Bolivia, en busca de tesoros, obedecía a la tradición aristocrática: la explotación de la tierra o de la mina, como fuente de recursos. Como blasón, la carrera de letrado. La jurisprudencia fué desde los tiempos colonia-

les, la más frecuentada de las carreras universitarias, porque era la antesala de la política o de la alta burocracia. Hasta bien entrado el siglo XIX, todavía teníase en menos la medicina y la ingeniería.

El Gobierno republicano luchó con estrecheces económicas desde el primer momento de su historia. O'Higgins, Freire, Pinto, Bulnes, Montt, todos hubieron de limitar sus anhelos de progreso porque "no había fondos". Fallaba la riqueza particular amplia, que permitiera recoger impuestos de importancia o dar generosamente.

La "Sociedad Amigos de Chile", fundada por O'Higgins en 1818, para fomento de las industrias y de la vida económica de la República, pereció antes de dos años por escasez de atención y de recursos. No tuvo mejor fortuna tampoco la de "Amigos del país", creada por don Manuel Blanco Encalada con idénticos fines.

La minería ha jugado en nuestra existencia nacional el mismo papel que en la vida de muchos compatriotas: nos ha deslumbrado un momento con sus alcances; nos ha hecho fastuosos y despilfarradores durante una racha de bonanza, y nos ha dejado pobres siempre. ¿Qué se hicieron aquellas chapas de plata de los jaeces de los Gallos, cuando iban a fustigar los bulevares de París con herraduras de Chañarcillo? ¿Qué nos resta del cobre y del

salitre? ¡La pitanza que nos arrojan los propietarios ingleses o norteamericanos! No por culpa de ellos, sino de nosotros, porque cuando los chilenos nos encontramos con algo de valor a nuestro alcance, lo primero que pensamos es ir a venderlo al extranjero. ¡Corremos, nos afanamos por buscar el comprador—cortos de alcances y perezosos que somos—; vendemos el patrimonio nacional por un plato de lentejas!

Sin tradición ni ejemplo burgueses, se comprende que cuantos tenían sangre blanca, ricos o pobres, con linaje preclaro o sin él, aspiraran a que sus hijos participasen del prestigio de la aristocracia. En su forma externa, ésta se caracterizaba por la posesión de la tierra, la participación en el poder político y en la administración pública. Tendieron, pues, a ser políticos, abogados, burócratas. Los liceos se llenaron primero que las escuelas, y triunfó siempre en los programas secundarios la tendencia aristocrática e intelectualizante de la erudición libresca.

No es que los extranjeros hayan venido a desplazar al chileno de los oficios, el comercio, las artes y las industrias. No es que la enseñanza pública — como se vocea sin fundamento — haya enrielado al chileno hacia los empleos parasitarios. No. La educación es obra de la sociedad. Obedece sus tendencias. Es su clase directora quien la moldea, limita y res-

tringe, mediante los planos que le aprueba, las leyes y los reglamentos que dicta y los fondos que le dispensa. En Chile, la fuerza avasalladora de la tradición ha enseñado el desprecio de los oficios, artes, industrias y comercio, tácita o abiertamente tildados de actividades inferiores

Cuentan que a un extranjero le exponían en México las actividades del país. Aquí —le explicaban— los gringos explotan las minas; los franchutes abren tiendas de moda; los españoles, panaderías; los chinos, tiendas al por menor.— ¿Y qué hacen los mexicanos?,— intenogó el extranjero. Los mexicanos gritan: ¡Viva México!,— fué la respuesta. ¡Ay! Esta anécdota le cuelga bien a todas estas repúblicas nacidas de la conquista española. ¡Qué poco más nos va quedando que gritar el ¡Viva Chile!

Mendigos sentados en pórticos de oro, somos los sudamericanos. ¿Pero de qué sirven a Chile las riquezas yacentes, si no se explotan? Vamos perdiendo, poco a poco, hasta las expectativas futuras de producción. ¡Qué mucho si en el contrato con la Compañía Chilena de Electricidad, que no tiene más de chilena que el nombre, se le ha entregado el monopolio de la explotación de toda caída de agua que se descubra en las provincias centrales! Lo único que nos resta para vivir a los chilenos, va pareciendo el presupuesto fiscal.

e) Incuria de las A las causas anteriores, clases gobernantes. hay que añadir otra, ajena a las estratas populares: la

imprevisión, la inteligencia corta, el egoísmo, la pereza, la incuria de los adinerados frente a su pueblo. Se diría que aquí no se plasma una conciencia nacional todavía, pese a cuanto se declama sobre el patriotismo. La mayoría posee una solidaridad de apellido y hasta de clase, pero sólo en momentos de crisis palpita al unisono con el roto, con la gran familia chilena, con el pueblo como un todo único, con destino común. El hombre culto se coloca frente al plebeyo como alguien extraño, a quien desprecia, teme, odia, ama, o protege; nunca como ante a un compañero con una tarea distinta que realizar en convergencia a un futuro común. No existe solidaridad entre ambos: no se comprende que lo que deprime al roto a la larga va a herirnos a todos; que su miseria es la miseria de Chile, que sus enfermedades y su sub-alimentación es la debilidad de nuestro organismo nacional.

Nunca faltaron a lo largo de la historia republicana, estadistas compenetrados de la certidumbre de que del vigor, honestidad y producción de la clase popular se nutre el árbol de la nación, y que si disminuye ese caudal de savia, son inútiles todos los empeños para con-

quistar algún día destinos superiores. Desde Carrera y O'Higgins, pasando por don Francisco Antonio Pinto, Bulnes, Montt, Lastarria, los hermanos Amunátegui, todos comprendieron las trascendencia del problema; Sarmiento fué una campana de alarma desde 1842 hasta 1856. Lastarria, que redactó en 1843 el primer Proyecto de Ley de Educación Primaria, lo pregonó en toda ocasión. José Abelardo Núñez, apóstol de la reforma pedagógica de la década del 80, Julio Bañados Espinoza, como Ministro y Balmaceda como Presidente, todos pusieron en la carpeta de urgencia la cultura y el bienestar populares y señalaron estas mismas cuestiones de que nos ocupamos hoy; pero a ninguno le acompañó la opinión dirigente en la medida que el país necesitaba. La clase agricultora que nos ha gobernado -pipiolos o pelucones, conservadores o liberales- fueron sordos, incomprensivos, dieron con desgano y avaramente. Jamás prepararon un presupuesto que consultase ni siguiera la mitad de las obras educacionales o de bienestar social requeridas con urgencia por el progreso de país. Nunca dictaron leves que no pudieran burlar los poderosos, ni se propusieron seriamente asegurar igualded de oportunidades para toda la población.

¿Por qué? ¿Nuestra pobreza inveterada nos vuelve ciegos para lo que no sea la satisfacción de las necesidades inmediatas y más personales? ¿Es que la decantada inteligencia de la raza es un mito tan falto de base como el de la riqueza nacional? ¿Llevamos todos en la sangre el afán aristocratizante, y la igualdad democrática es un ropaje mentiroso sobre nuestra vida republicana? ¿Es porque en cuanto alcanzamos situación prominente, nos infectamos de orgullo y se nos seca el corazón de desprecio por los que dejamos atrás? Ouién sabe si todavía imprime carácter en la clase gobernante el abuelo encomendero, que explotaba junto con la tierra al hombre! Y todavía se mantienen en la sorda Bastilla de su poder, aquellos que consideran a Chile como su feudo particular. Acaso, cuál más, cuál menos, contaminados de extranjerismo, por preocuparnos de cuanto ocurre en Europa y en los Estados Unidos, en criticar, juzgar, copiar y aprender de memoria, no hemos sabido darnos cuenta de esta realidad nuestra que ofrece problemas del todo diversos a los de esos países.

No cabe la excusa de que jamás se la haya tratado de despertar a la conciencia de sus deberes nacionales, ni señalado la decadencia a la que resbalamos por culpa de nuestros defectos. No. Reléanse a los Amunátegui, a Lastarria, a Sarmiento. Con una clarividencia que sobrecoge, otearon el porvenir de este país. Escribía Sarmiento en 1855, en su tratado de "Educación Común":

"Cuando el Senador, el Diputado y el Mi-

nistro vean aparecer el déficit de las rentas por faltar la base, que es la producción de millares y millares de productores, y la tempestad mugir en el horizonte, torva y destructora, porque la agitan todas las ignorancias, todos los egoísmos, todas las preocupaciones y todas las ineptitudes que la falta de instrucción primaria y la destitución que es su consecuencia, desenvuelven, dirán, pero tarde para poner remedios: "he aquí la falta-, capital y crédito capitalizados,- de haber rechazado desde 1849, en nuestro egoísmo de acaudalados, la ley que pedía los medios de organizar un sistema completo de instrucción primaria para fundar el orden en la única base posible: el interés económico de todos por preservarlo. El ejército cuesta millón y medio que pagan los contribuyentes, y es el ejército el instrumento de todo desorden, cuando la hora llega. El dinero que cuesta restablecer el orden, bastaría para educar en institutos nacionales a todos los habitantes del país. Pero contra ese enemigo de los pueblos ignorantes y atrasados, la industria y la mejor aptitud para el trabajo, contra ese enemigo solapado que se presenta bajo las formas de un Wheelright, a quien levantamos estatuas, de un Green, de un Haviland que nos dotan de molinos, de un Campbell, que delínea ferrocarriles, aquellos que vendrán más tarde a ponerse en lugar nuestro, a pedirnos el favor de dejarnos en la calle, haciendo al país el inmenso servicio de dotarlo de medios de prosperar, pero explotándolo ellos, pues ellos saben ponerlos en ejercicio y nosotros no; contra enemigo tan útil, tan inofensivo, los ejércitos nada pueden, ni las prohibiciones, ni la rabia de la nulidad y de la impotencia. Si hubiera guerra, ellos nos venderían fusiles de patente para que los combatiésemos; porque vendiéndolos ganan ellos y acumulan riquezas, y comprándolos nosotros, disminuímos la poquísima que tenemos, y nunca somos más débiles que después de haber ganado una batalla inútil". (30).

Sobre las palabras de Sarmiento, huelgan los comentarios.

Es harto triste, harto deprimente para el amor propio nacional, comprobar que en cerca de un siglo, Chile ha crecido, pero no ha prosperado, porque no ha enriquecido sus propios valores, no ha despejado sus apremiantes incógnitas: producción mayor, riqueza más amplia para todos, nivel de vida menos bajo en las clases populares; posibilidades de progreso al alcance de pobres y de ricos. Criticamos, discutimos, hacemos planes, los derribamos antes de ensayarlos, nos combatimos los unos a los otros, como si el mundo no fuera bastante ancho para contener las actividades de todos, tratamos de cercenar antes de que florezcan las iniciativas del prójimo, por

que nos ofende que él se destaque sobre nuestra mediocridad, y cuando se logra emprender una obra, cansa perseverar al través de tantos obstáculos. Faltan la solidaridad y buena comprensión. Echamos de menos los talentos de jefes de pueblos; flaquean la voluntad y la inteligencia colectivas que debieran columbrar un destino nacional consciente, claro y grande en sus esperanzas. En cambio, nos hallamos con un déficit de arrastre de ignorancia, de semi-barbarie, de abandono y de miseria en las clases populares, que desde 1840 venían augurando todos los estadistas superiores que fueron desoídos. Paga nuestra generación los pecados de un siglo.

Mal de muchos, se repite, remedio de necios! Ni siguiera esta medicina nos alivia, porque nuestro mal va haciéndose más hondo, más sin esperanzas, más desproporcionado en comparación con lo que fuimos anteayer y con lo que son ahora nuestros vecinos. El índice de aumento de la población chilena alcanzó su máximo en la década de 1845 a 55, al ostentar un 25,8% de crecimiento vegetativo al año. Junto con la decadencia de la clase gobernante, la falta de un rápido ajuste a condiciones económicas nuevas, y la política monetaria inflecionista, que ha agravado la miseria popular, ha ido disminuyendo hasta ser hoy de 15,1 por ciento. En esos años, nosotros aventajábamos a la Argentina por 347.000

habitantes. Ella inició por los mismos lustros que nosotros la política de emigración para poblar su país; aquí la comenzamos con espléndidos resultados en el Sur, y no la continuamos. Hoy Argentina cuenta con tres veces más población (12,028.646 habitantes), Brasil nos aventaja por 39 millones. (La última cifra oficial de su censo de 43.323.660 habitantes). Aún el Perú nos lleva la delantera con dos millones más que los nuestros. Y no nos ceguemos voluntariamente jactándonos de la calidad, valor y fuerte estamina de la raza. Veamos a los términos a que la han dejado reducida estas décadas de imprevisión. Los datos suministrados por las conscripciones militares últimas están allí para decirnos la cruda verdad: que más de un 60% del contingente de mozos de 18 años, es rechazado de las filas por sufrir taras físicas que les imposibilitan para el servicio de la guerra.

Vale la pena detenerse un momento a meditar de qué sirven un ejército, una marina y una fuerza aérea modernizadas, y tener un presupuesto de defensa militar que es el más alto de todos los de la nación, gastando millones en armamentos, millones que se restan a otros servicios vitales, si somos un puñado de hombres, muchos desnutridos, otros enfermos y el 29% analfabetos. Fomentar la salud, procurar a toda costa el mejoramiento del pueblo, hacer de cada habitante de la república un

hombre en pleno vigor de sus aptitudes espirituales y físicas, nos serviría muchísimo más

que comprar ametralladoras. Una guerra internacional en Chile parece, felizmente, una cosa remota. Lo que inquieta más al presente es la paz interior. Ese feliz equilibrio entre el respeto al orden y a las instituciones fundamentales y la satisfacción de los anhelos de reforma, se obtiene muy difícilmente en países que carecen de homogeneidad. Cuando existen esos abismos entre los hábitos refinados de la clase superior y la barbarie de los desharrapados; entre la vida de casinos y hoteles lujosos y la ración de hambre del inquilino; entre el escolasticismo de muchos universitarios y la ignorancia del populacho, la estructura económica y jurídica de la nación tiende a disgregarse. Ofrece tan amplio margen de descontento, que toda propaganda interesada y subversiva, aún la más demagógica, la más ilusa, encuentra campo donde desarrollarse. El arado de las instituciones se quiebra, por otra parte, en los agrios altibajos que presenta la sociedad. Las leyes que son beneficiosas para una parte de la población son contraproducentes y nocivas para otras. ¿De qué vale hablar la misma lengua y vivir bajo la misma comba azul, si los espíritus son tan dispares que no consienten un lenguaje jurídico común, ni ideales congruentes para todos? En Chile, mientras no se realice

efectivamente un mejoramiento de nuestras reservas populares, no estaremos seguros de nuestro porvenir como nación ordenada.

A los que decimos que Chile está abocado a una convulsión sangrienta si no emprende una cruzada efectiva para enaltecer las estratas infimas, nos responden que esta raza es mansa y que seguirá soportando como soportó en el pasado. El adulto se resigna, es cierto, pero en toda época hay una porción de juventud. Esa se rebela. Todos somos iconoclastas y revolucionarios a los 20 años. Con la agria levadura del descontento se amasa el pan de mañana. La juventud no se somete, sino después de luchas, esfuerzos porfiados y de dolor. Hasta hace muy poco, los rebeldes iban al Norte, a las pampas salitrosas, con el señuelo de los óptimos salarios, o a las tierras feraces de la frontera. Norte y Sur eran nuestro farwest, la aventura iluminada y siempre tentadora. La bienandanza salitrera es cosa del pretérito. Chiloé y el Aysen aguardan el soplo de los colonizadores; mas lo exigen de un temple heroico para ser capaces de aislarse en tierras exentas de comunicaciones, ásperas, breñosas y heladas, en que hay que arrebatar el agro a la selva, palmo a palmo. El descontento se empoza; no fluye ahora fácilmente por las válvulas del norte y sur como solía. Y el menguado valor de la moneda concluye por aprisionar más estrechamente al hombre, al suelo, a las circunstancias, a su destino contra el cual se debate con dolor creciente.

Duele encararse así con la mísera realidad, pero ¿qué enfermo no confía en vivir aunque esté desahuciado? La vida atesora más posibilidades que todas las que alienta el hombre. Trabajemos por mejorar nuestro destino, aún cuando la desconfianza misma nos enturbie el pecho.

II.—UN PLAN DE MEJORAMIENTO

¿Cabe la ilusión de que nuestra clase directora se convenza de que Chile no

podrá contar como nación de importancia en el continente, ni desenvolver las potencias aún ignoradas de su plenitud, si no robustece al pueblo que es la médula de su espinazo vital?

Cuando se recuerda tantas voces preclaras que desoyó, una se pregunta con amargura si escuchará hoy a los presentes defensores de estas ideas, que carecen ante sus ojos del aura prestigiosa que conceden el poder, la situación prócer y el talento reconocido.

Una sola esperanza resta: que cuanto no hayan efectuado por amor y por inteligente previsión del porvenir, tengan que realizarlo por necesidad económica y por miedo. La "eterna crisis chilena", nuestro déficit secular diluye ya, incluso el patrimonio de los adine-

rados. Si no se es un raro multimillonario, ya no es posible evadirse de las miserias de la realidad ambiente, yéndose a instalar en la culta belleza de París o en el fausto de Londres. Las viejas haciendas comienzan a cambiar de dueños, que los antiguos las perdieron a fuerza de hipotecas el comercio se queja; las industrias luchan rudamente contra la escasez de consumidores. Por primera vez es palpable, aún a la mentes más obtusas, que o solidarizamos con nuestro pueblo o sobreviene un período tempestuoso en que puede naufragar la República. Ruge sordamente el descontento proletario. Y hasta en los círculos ultra-conservadores principia a oírse la voz de los que aconsejan que la mejor póliza de seguro de su bienestar presente es el mejoramiento efectivo de todos. Evolución antes que revolución.

Desde luego, la pobreza común no se remedia con trasladar el dinero de una parte a otra: del comercio, las industrias o la agricultura al fisco en calidad de impuestos, y de aquí a los empleados en concepto de sueldos. Si el problema fuera sólo de mala distribución de las riquezas, comprenderíamos que una política semejante resultara efectiva. Mas cuando economistas de ideologías diferentes, tales como el señor Don Raúl Simón y Don Adolfo Ibáñez, están contestes en calcular el promedio de nuestra renta media anual por persona, en nada más que en 1.180 pesos chilenos, se

comprende que el problema es más hondo y los remedios otros.

El alfa de todo mejoramiento parece que no puede buscarse más que en la tonificación de la economía nacional íntegra. Intensificar la producción, primero con el propósito deliberado de aumentar el consumo interno para que la familia chilena viva, se alimente, y crezca en mejores condiciones; después, para

ir en busca de mercados extranjeros.

En segundo lugar, impedir desde luego, que en parte alguna de Chile existan salarios de hambre. ¿Que tal como se trabaja, la tierra no puede pagarlos? Que se cambien entonces los métodos de cultura agrícola; que se entreguen las haciendas baldías a manos de colonizadores nuevos; que se multe el ausentismo — fuente caudalosa de miserias y de incurias para los habitantes del fundo— que se limite el número de hectáreas que puedan constituir una propiedad individual, etc. Hay medios, bien conocidos ya por la experiencia, para conceder mayor holgura a la vida rural. Practiquémoslos.

En colocación siguiente, vendría la acción educadora para permitir que el pueblo aprovechara ampliamente de esa nueva política. Entendámoslo bien, sin embargo, no es la escuela la llamada a realizar una política de mayor producción. Es el gobierno, en un plan de acción nacional, inteligente y perseve-

rante que contemple mercados, intercambios, tratados de comercio, etc. La acción del maestro es enseñar a vivir mejor, a hacer mejor empleo del salario, a obtener mayor provecho de los recursos naturales. Ayuda a usar de la riqueza, pero no la crea. Que su labor influye en un mayor bienestar, sin duda; pero no basta. Al lado de todo problema educativo hay uno social, y tras de éste uno económico, dicen los mexicanos, y hay que contemplar los tres en conjunto para llegar a soluciones fructiferas.

Deseamos que la reforma de nuestra enseñanza rural vaya aparejada con la aceptación de nuevas fórmulas sociales y económicos que la complementen, para que podamos alguna vez elevar el nivel de vida de nuestros campesinos.

III.—LA EDUCA-CION RURAL A) Organización del Sistema.— Para los campesinos chilenos no existe más enseñanza que la proporcionada por una escuela primaria incompleta, es decir, de

tres o cuatro, en vez de seis años.

Muchas, la mayor parte, no cuentan con otro personal que el director o la directora, quien atiende, a la vez, a los alumnos de toda edad y preparación. Mientras el hijo del obrero ciudadano goza de escuelas de seis años, con profesores para cada sección, y complementadas con establecimientos vocacionales para aquellos que tienen la posibilidad y las condiciones de proseguirlas, al pequeño labriego se le condena a una semi-ignorancia, cualquiera que sean su talento v sus aptitudes. (24). En la ciudad hay. - mucho menos de las que debiera-, pero en todo caso existen, escuelas nocturnas para adolescentes y adultos. Las únicas escuelas nocturnas campesinas que han funcionado, se deben a la generosidad altruísta de maestros que, a sus expensas, han donado los útiles necesarios y el descanso de sus tardes, a la alfabetización de los labriegos. Oficialmente, no existe ninguna clase de enseñanza sistematizada para el adulto rural. Mientras que en casi todos los países que se ocupan del porvenir de su agricultura v del desarrollo de sus fuerzas vitales, se han ideado medios para darle facilidades de progreso, en Chile, ésto es absolutamente desconocido. La obra de México, la de Estados Unidos, la de Dinamarca, la de Italia actual, la de Colombia, sin ir más lejos, que ha comenzado sus misiones aldeanas, no merecen de parte de nuestro gobierno atención valiosa.

b) Defectos actuales de la escuela campesina.— Tenemos en Chile desde 1881, un sistema escolar rural. Entonces se acordó abrir una escuela en las

poblaciones de 300 a 600 habitantes y se le dió la organización mixta y elemental que conserva hasta ahora.

Han aumentado lentamente, sin conseguir nunca cubrir con su red el territorio. De las 3.309 escuelas públicas que se registraban en 1933, 2.173 eran rurales. Necesitaríamos por lo menos, unas mil quinientas más para completar la alfabetización del país, pues la cifra de los niños en edad escolar sobrepasa los 750.000 y los que reciben educación en establecimientos fiscales y particulares, escuelas o liceos, no suman 500.000. Los 250.000 restantes vegetan huérfanos de toda enseñanza, abandonados de la acción de la civilización, sin entrenamiento para la lucha vital en una época en que las avenidas del progreso se extienden sólo a los más aptos y mejor preparados: carne de miseria, pasto de las supersticiones y de las utopías, yesca en que se encienden fácilmente todas las pasiones revolucionarias.

Añádanse a la insuficiencia numérica, los defectos de calidad. Fuera de que no cuentan sino con uno o dos cursos, (31), ni en sus mé-

todos, ni en sus programas, ni en la preparación de sus maestros, se diferencian de las urbanas. Son extrañas al medio, desvinculadas de la realidad ambiente. Ignoran las faenas agrícolas. Sus profesores no saben cómo ayudar a mejorar las condiciones de vida del labrador. Preparados en la ciudad, muchos consideran un castigo trabajar en el campo, y tratan de evadirlo.

En parte, tienen razón, porque el vecindario les aisla. Los inquilinos desconfían del maestro a quien sienten un ser extraño a sus cuitas; el patrón recela que les altere la docilidad de sus futuros elementos de trabajo, y rara vez le concede su cooperación leal. En los caseríos alejados, la joven preceptora está indefensa ante la concupiscencia y la rapacidad de quienes exploten su desamparo. Los hombres tampoco escapan a la hostilidad del medio. Léanse, si no, las páginas del libro de Don Fernando Santiván: "Escuela Rural", en que se palpan, porque son vividos, los desconsuelos de una lucha sin tregua en contra de la zafiedad lugareña.

Esa ausencia de cooperación vecinal, que a primera vista parecería fruto del excesivo centralismo que no ha dejado que maduren las iniciativas particulares, débese a la falta de comprensión de las necesidades civilizadoras, tanto de parte de ricos como de pobres, y al hecho de que la escuela, ignorando cómo res-

ponder a las exigencias del medio, no le ha servido con eficacia. Al organizar el sistema, la lev ordenó que las Municipalidades colaboraran a su mantenimiento. Como muchas otras disposiciones, ésta quedó en el papel. Los alcaldes solían ser los propios terratenientes, que no se interesaban por la escuela y eludían la participación de la comuna. Poco a poco, el Gobierno central ha debido proveer a todas v cada una de las necesidades escolares. Resultado: que el déficit permanente del Presupuesto de Instrucción, frente a las múltiples necesidades del país, ha afectado con mayor intensidad las porciones terminales del sistema: las escuelas más pequeñas y más alejadas. Por lo general, sin edificio propio, sin materiales de enseñanza, sin recursos, sin ni siquiera una huerta en que enseñar objetivamente algunas técnicas agrícolas, sin maestros especialmente preparados, sin una orientación vigilante, atenta y benévola de las autoridades, no han podido influir en el mejoramiento de nuestra vida agraria.

Resta aún otra circunstancia agravente de las dificultades que se oponen a su obra: la escasa densidad de la población, sobre todo en las regiones montañesas y costeras, empeorada por el ausentismo de los propietarios y la falta de buenos caminos. (32).

Las cifras del analfabetismo por comuna, recogidas en el censo de 1930, atestiguan este hecho en todas las provincias. La de Santiago es un ejemplo flagrante. Mientras que en la capital está prácticamente extirpado, en los parajes serranos de San Pedro y Alhué, los iletrados suman el 68,4% y el 70,1% de la población, respectivamente.

El caso de Alhué, uno de los más altos porcentajes de analfabetos de toda la República, es típico de la desidia ambiente. Casi toda la comuna es formada por un bellísimo latifundio, encuadrado entre las agrestes serranías de la cordillera de su nombre. Antes de que mejorasen los caminos y de que el camión automóvil fuera de uso corriente, desde las casas al pueblo más cercano, Melipilla, había dos días enteros de camino, en carreta. Aún hoy, la correspondencia llega a la villa de Alhué a lomo de caballo y solamente dos veces a la semana. El propietario de la hacienda vivió toda su vida en París, naturalmente, del producto del trabajo de sus peones, y en ese predio, tan vasto que el censo ha arrojado cerca de trescientos niños de edad escolar, nunca, jamás, se ha abierto una escuela. ¿Quién la iba a reclamar? ¿El propietario que estaba aspirando en París las delicias del refinamiento europeo? ¿El Gobierno que no se ha interesado por obtener los fondos necesarios para completar la dotación de escuelas? ¿Las autoridades pedagógicas? Si alguna vez el inspector lo solicitó, fué desoído. Y esta situación

no ha cambiado aún, en este año de gracia de 1936.

c) Nueva orienta-Ha de seguir siendo ción,la escuela incompleta la única educadora del campesino? ¿Ha de atender a los niños exclusivamente o ha de influir en toda la comunidad? De las respuestas a estas preguntas iniciales dependerá en gran parte la organización del sistema. Al conservarla como ahora, dedicada exclusivamente a los niños, se necesitaría crear otras instituciones (de sede fija o ambulante), para que se encargaran de los adolescentes y de los adultos; porque ya la experiencia de todos los países ha confirmado que la influencia de las escuelas comunes no alcanza a penetrar en el medio, ni logra levantarlo, sino que por el contrario, es el ambiente quien socava y disminuve la eficacia de las aulas.

Algunos autores, que han observado la indiferencia y aún la hostilidad hogareña frente a la escuela, Don Fernando Santiván, en su libro anteriormente citado, sobre "Escuelas Rurales" y Don Pedro Aguirre Cerda, en su "Problema Agrario", insinúan la conveniencia de crear internados para libertar a la generación joven del efecto destructor de la semi-barbarie que le rodea.

Los años de reclusión habitúan al joven

a otras costumbres, es cierto, pero lo extranjerizan con respecto a su medio, y a veces lo transforman en un perenne e irremediable transplantado.

Así mismo, es frecuente observar que el muchacho o la joven que egresa de un internado, se avergüenza de sus padres; tiende a permanecer en la atmósfera blanducha del colegio, como maestra, si le es posible, y en todo caso, afincarse en la ciudad. El establecimiento no devuelve un factor progresista a la comunidad inculta, que tanto lo necesita: se lo resta para siempre. Empobrece al vecindario en lugar de enriquecerlo.

No queda otra alternativa que la de emprender simultáneamente la educación del niño y de su familia, si queremos en realidad mejorar sus hábitos de vida. ¿Cómo? ¿Transformando la escuela actual en una de comunidad, como lo hace México; por la combinación de la escuela y los agentes rurales, que es la práctica norteamericana; por medio de los cursos invernales para adultos, que viene efectuando Dinamarca por cerca de un siglo? Las tres soluciones son susceptibles de crítica, pero las tres, congruentes con su medio, en él son eficaces.

La solución mexicana exige el mínimun de dinero de parte del Estado y el máximun de abnegación del magisterio. La segunda es más cara y más humana. La de Dinamarca requiere una cultura doméstica tradicional, una mayor división de la propiedad y una comprensión inteligente de sus necesidades de parte de los mismos labradores.

Dados nuestros recursos presupuestarios, las dificultades para vencer la resistencia callada, pero efectiva, de algunos terratenientes retrógrados, la apatía misma del labriego, tendríamos que comenzar la obra mostrando desde luego que es ventajosa para todos, y desarrollarla de un modo muy económico, cuidadoso y gradual.

La escuela vigente, reformada en sus tendencias, métodos y programas y, sobre todo, en la formación de sus maestros, sería el eslabón básico del sistema, que se compondría: a) de ella misma, fija, ambulante o temporal en el caso de áreas de población muy dispersa; b) de los cursos o establecio mientos vocacionales campesinos, dedicados a la preparación de los adolescentes, de ambos sexos; c) de la misión rural viajera, con el doble fin de mejorar las condiciones de trabajo y de vida de los adultos, y de relacionar a las escuelas con la comunidad. Su sede: d) sería la Nornal, que se articularía por una parte con las Misiones y por otra: e) con la Escuela Agrícola de la región.

Hay elementos dispersos de esta organización. Las vocacionales campesinas son las llamadas Escuelas Granjas o Quintas. Hoy, nada más que 6 en toda la República. (33) Escuelas Normales rurales existen 4: ¡oh ironía! la principal es el internado para señoritas que funciona en plena calle Compañía, en el corazón de la capital y que no cuenta ni con media hectárea de terreno para la práctica agrícola. ¡Pero lo que asombra más por su incongruencia es que en un país donde la clase terrateniente ha gobernado por cerca de un siglo, y en donde deberían las faenas agrícolas contar con todos los medios posibles de progreso, no haya sino 4 escuelas prácticas de agricultura por todo!

Esta serie de establecimientos trabajan desconectados unos de otros, mal comprendidos de la opinión pública y con no mejor orientación de parte de las autoridades que los rigen. Nunca se ha desarrollado una acción perseverante, que tienda a armonizarlos para servir las necesidades futuras del país, el acrecentamiento de la producción y la mejoría de la clase labriega.

Si los partidos populares la reclamasen y el Gobierno en verdad se decidiera a realizar la tarea que urge para redimir la miseria de los campos, podría llevarse a efecto un plan bien meditado y de desarrollo gradual durante unos seis u ocho años. Se principiaría por transformar las escuelas normales existentes en verdaderos focos de cultura y de mejoramiento campesino, situándolas, además, en donde deben estar: en el medio que irán a servir directamente. En ellas, fijarían su sede las Misiones Rurales viajeras. Escuelas granjas o industriales campesinas en cada departamento, y más tarde en cada comuna, servirían de escuela de aplicación a la normal. Una política común y de mutua colaboración entre el Ministerio de Agricultura y el de enseñanza, permitiría que las Escuelas Agrícolas zonales o provinciales, completasen la tarea de los otros planteles.

El propósito de ofrecer una solución práctica al problema que nos ocupa, nos induce a estudiar detalladamente la organización que, a nuestro juicio, necesitarían los es-

tablecimientos:

d) La Escuela Primaria Campesina.—

alumnos que la frecuentan: desde los 7 a los 12 y
13 años, su finalidad no

puede ser otra que ayudarlos, en primer lugar, a que se desarrollen físicamente sanos, y en seguida a ponerlos en contacto con: a) los instrumentos de la cultura, (lectura, escritura, cálculo aritmético); b) con el medio social y cívico en que viven (conocimientos prácticos de cómo se organiza y se rige la familia, los lezos de solidaridad que la unen al vecindario, conceptos éticos de amor al prójimo, deberes

y derechos; la hacienda, los servicios vitales de la nación: correos, telégrafos, transportes; ejércitos, carabineros, asistencia social, comunas, provincias, la República, su Gobierno, su historia, etc.); y c) con el medio natural, es decir, la geografía de la región, la flora, la fauna, sus productos, el aprovechamiento de los recursos naturales, etc.

Quién ésto escribe, colaboró en la Comisión, nombrada en 1934 por el Ministro de Educación, Don Domingo Durán, para redactar un programa de enseñanza campesina. En él detallamos los objetivos aquí expuestos, y en la Guía Didáctica que redacté para explicarlos, insinué los métodos que podrían seguirse. Los proyectos yacen ahora en los archivos, sufriendo de nuestro mal congénito: la falta de continuidad en el esfuerzo y de colaboración hacia las obras ajenas. Ni siquiera se les ha ensayado en pequeña escala; el toque de la realidad, el único que puede juzgar de su eficacia, se les ha negado.

La escuela elemental, que en sitios de población muy rala, debería ser de temporada o ambulante, no iniciaría a los niños en la práctica misma de los trabajos agrarios, porque la escasa edad no lo permitiría, pero sí, trataría de desarrollarles su amor a la tierra, inculcar y reforzar todos aquellos intereses y hábitos relacionados con la vida agreste: observación de la naturaleza, gusto por las faenas rurales, orgullo del trabajo bien hecho, compañerismo en los quehaceres colectivos, solidaridad, etc.

e) Sección Voca- En establecimientos secional.— parados, o como aditamento de una primaria completa, la sección vocacional o técnica estaría dedicada a los adolescentes de ambos sexos.

A la niña le ofrecería cursos de artes, oficios y pequeñas industrias domésticas; a los varones, práctica en cultivos, rudimentos de terapéutica animal o vegetal y artesanías propias de la región.

La sección masculina y la femenina, mantendrían como objetivo claro y constante el de servir al bienestar de la familia en sus cinco puntos cardinales: salud, alimentación, vivienda, vestuario y recreación. Criar y alimentar mejor a los niños; procurar alimentos para todo el año, beneficiar un cerdo y conservar las cecinas; aprovechar mejor la lana de las ovejas, los frutos de la arboleda, la hortaliza, el gallinero, el mimbre y el álamo para la fabricación de mobiliario rústico, las plumas de las aves para edredones; asear, adornar y mejorar la casa con sus alrededores, todos los factores, en una palabra, que permiten llevar una existencia más digna y menos miserable, serían objeto de cuidadoso cultivo dentro de estos cursos.

Principiando por establecer una escuela de esta especie en cada departamento, mientras se preparaba el personal idóneo, se las extendería al cabo de un plazo prudencial por todas las comunas. Un pequeño campo de cultivo, unos cuantos talleres rústicos, completarían el equipo. Funcionarían todo el año, porque los cultivos y los animales no podrían abandonarse, durante los dos o tres meses veraniegos. Alumnos y maestros se turnarían para tomar su descanso sin interrumpir la secuencia de las faenas.

Requerirían maestros de un tipo absolutamente distinto al normalista actual, y sobre cuya preparación trataremos al explayarnos sobre los objetivos de las Normales campesinas. Serían técnicos en el oficio, industria, arte o ciencia que enseñaran, gentes conocedoras y amantes de su terruño, dotadas de espíritu progresista, capaces de resolver los problemas económicos de su ambiente, de superar con sus conocimientos teóricos y su habilidad práctica, la experiencia consuetudinaria del hombre de la tierra, envejecido en su oficio.

Para evitar que degenere la enseñanza en verbalismo fútil, el trabajo aceptaría todas las responsabilidades económicas inherentes a una empresa cooperativista. Luego de ser dotada de un predio, de los útiles, aperos y animales de labranza más sumarios, y de un capital inicial, la escuela tendría que costearse con su

propio trabajo y subvenir ella misma a las necesidades de su progreso. Alumnos y maestros investigarían y descubrirían nuevos métodos de aprovechamiento de los recursos naturales para ponerlos al servicio del bienestar común. Por ejemplo, ¿cómo hilar y tejer la lana de modo que no resulte más cara que la ofrecida industrialmente en el mercado? ¿Cómo fabricar telares que estén al alcance del más pobre? ¿De qué modo amoblar la casa rústica, de suerte que el costo sea mínimo? ¿Con qué substancias de la región substituir alimentos importados y onerosos, como el azúcar, el arroz, el café? ¿Cómo cultivar la hortaliza para que la familia tenga verduras frescas durante el año completo? etc., etc.

La escuela representaría un tipo de granja familiar en que las tareas, repartidas con equidad, permitirían a cada uno aportar su co-

laboración personal y directa.

Si intentáramos crear tal sistema de escuelas campesinas en todas las comunas de Chile y con toda clase de cultivos, talleres e industrias, naturalmente no contaríamos, ni con maestros adecuados ni con dinero suficiente. Mas, si se iniciara un plan, desarrollable a lo largo de unos cinco o siete años, y se comenzara por crear una en cada departamento, con dos o tres especialidades, no más, podríamos desde luego y en forma decisiva, influir en el mejoramiento de la vida rural.

f) Las misiones.— La enseñanza de los adultos tendría lugar en estos mismos planteles, cuando se convocara a conferencias, breves cursos, exposiciones o demostraciones públicas, o en sus propios domicilios, con ayuda de las misiones ambulantes. Desempeñarían los misioneros el papel de los agentes rurales de los Estados Unidos; el de propagar el progreso de la técnica agrícola y los conocimientos necesarios a una mejor vida de hogar. Cuando operaran en las cercanías de una escuela, la visitarían para trabajar en conjunto con el maestro y el vecindario, en enaltecer las condiciones de vida colectiva. Cuando fuese útil, darían, además, cursos de perfeccionamiento a los maestros en ejercicio.

Tendrían las misiones su asiento en la Escuela Normal de la región. De allí partirían en gira hasta los poblachos más solitarios. Llevarían ciencia y técnicas nuevas, y traerían conocimientos de las realidades. Investigarían la forma de vida de las gentes, auscultarían en la existencia misma, sus anhelos primordiales: dirían cómo y de qué manera la enseñanza rural habría de armonizarse con el medio para servirlo con un ritmo más seguro y poderoso.

En la enseñanza de los adultos no hay otra disciplina que la que emerge de la propia convicción, de modo que estos misioneros, a la vez que servir prácticamente las necesidades de los campesinos, deberían ser superiores a ellos en ciencia y en técnica, y capaces de persuadirlos demostrándoles los beneficios de procedimientos nuevos. Organizarían clubs de cultivos y de trabajos de toda índole para los adolescentes que no asistieran a las escuelas granjas; demostraciones de selección de semillas y de abonos para los inquilinos; ferias regionales, exhibiciones, etc. Serían los intermediarios entre los adelantos de la técnica rural y los sectores más atrasados de nuestra población.

Mientras el mejor empleo de los recursos naturales formaría la médula de los programas de las escuelas, el de los misioneros tendería a enseñar a hacer un mejor uso del salario. ¿Cómo repartir los ingresos? ¿Cuáles ítems son de más urgencia? ¿A qué debe atenderse primero? ¿Con qué telas vestirse para que duren más?, etc.

Y como ya sabemos que los roedores infatigables del jornal son, además de la ignorancia, el alcoholismo, el juego y el despilfarro, estos maestros ambulantes impulsarían en todas partes la formación de aquellos clubs, actividades y festivales que reemplazaran a las diversiones malsanas: al garito y a la cantina: teatro al aire libre, deportes, juegos de destreza tradicionales de nuestros huasos; andinis-

mo, excursiones, ascensiones, estudiantinas, coros y danzas típicas.

A estos mismos agentes se encargaría la delicada misión de preparar el paso del inquilino a mediero, y de éste a pequeño propietario. Son tres etapas económicas bien distintas que requieren orientación, objetivos y enseñaza diversos. Mientras en la primera, se tiende sólo a producir con destino al consumo familiar completo, en la segunda, hay que enseñar a resguardarse contra los abusos de los patrones inescrupulosos, de los comerciantes que procuran comprar cosechas en verde, y de la propia imprevisión que substrae gran parte del fruto legítimo de los esfuerzos. En este grado en que existe un objetivo doble: producir para el consumo y para la venta, es indispensable una educación económica, que a nuestro iuicio, ha de basarse en los principios del cooperativismo.

Nuestra era de trabajo mecánico en grande escala, de standardización y talylorismo, no es propicia al esfuerzo individual en pequeño. El parvifundista que necesita herramientas, animales y aperos para hacer producir un predio pequeño, invierte en útiles un capital, o paga los intereses de una deuda, casi equivalente al mismo que requiere una parcela de mayor extensión. Sus productos resultan recargados de precios por ese excedente en los gastos generales. Es un pésimo negocio ser un parcelero o un pequeño colono, a menos de que se forme parte de una cooperativa.

Ejemplo ilustrativo de este aserto la hallamos aquí mismo en Chile, en porciones excesivamente subdivididas y que mantienen en aguda pobreza a sus cultivadores. El valle del Huasco, es uno. Allí, el término medio de la propiedad es de 2 a 3 hectáreas, en las que cada cual cultiva cómo y lo que Dios le da a entender, sin nociones de standardización, sin organización alguna para la venta. El valle es de una fertilidad maravillosa. Sin embarso, sus dueños no logran salir de la pobreza, y vivirían sin esperanzas, si no les alentase el miraje siempre halagador, siempre inaccesible del hallazgo de un filón minero.

Cuando Dinamarca, país muy semejante a Chile, en su pequeñez, principió, en el primer tercio del siglo pasado, a elevar el nivel de vida de sus campesinos y a recobrarse con inquebrantable energía de la miseria suma a que había llegado, hubo de proceder cooperativamente para convertirse en un país exportador de huevos, leche y mantequilla. Chile, que necesita exportar productos agrícolas seleccionados, tiene que enseñar también a trabajar en cooperativas.

Mas, el espíritu cooperativista no nace con facilidad del individualismo ciego que hoy es la norma. Si predomina la tendencia a la rivalidad mezquina, al fraude, a la explotación de la debilidad del prójimo, toda cooperativa va necesariamente al fracaso. El cooperativismo hay que enseñarlo desde la escuela.

No es tarea difícil, especialmente en las vocacionales campesinas, donde las labores mismas permiten asociar a los jóvenes en equipos de producción, de venta, de consumo. No importa que al principio sean minúsculas y que sus resultados económicos no alcancen a cientos de pesos. Lo indispensable es que los jóvenes aprendan a ejercitarse en la colaboración honrada, en la solidaridad social, y se habitúen a mirar la ayuda mutua como la palanca permanente y grande de progreso común.

A su turno, los misioneros, organizarían a los adultos en cooperativas, cuya eficiencia económica fuese tan irrefutable, que no hubiera posibilidad de fracaso. Que produzcan y vendan cooperativamente, que formen ese tipo de institución solidaria, superior al colectivismo, y que es su antídoto.

Entre el individualismo inclemente que arroja al hombre contra el hombre en una lucha que siempre favorecerá a los mejor dotados por la naturaleza, por el dinero, o por la posición social, y el comunismo cercenador de las iniciativas particulares, el cooperativismo aparece como el sistema político que combina las cualidades de los dos, sin caer en sus defectos. Estimula la personalidad y no la excita a la explotación. Impide la miseria y co-

rrige los abusos de la excesiva fortuna personal. En un país, como el nuestro, donde nunca hubo bienestar para todos, el cooperativismo permitiría a la pequeña clase media rural, irlo forjando seguramente.

g) La Escuela Normal Campesina.—

El centro de donde partirían los misioneros se hallaría en la Escuela Normal de la región. Necesitaría-

mos por lo menos 7, con secciones para jóvenes y niñas. Una para los desiertos nortinos, con asiento tal vez en alguno de sus oasis, porque ya se sabe que no deben avencindarse en las capitales que gozan de las ventajas de un medio cultural más alto que el de los sitios en que actuará el maestro. Este ha de ser un creador de cultura y para ello es aconsejable que viva su existencia de escolar en un ambiente que tenga que enaltecer con su propio esfuerzo.

Convendría crear la segunda en la región de los valles transversales; la tercera en cualquiera hacienda del centro, en pleno contacto con la naturaleza; la cuarta en un paraje frente al mar, en donde puedan realizarse faenas típicas de las regiones costinas. Las otras en una zona cordillerana y forestal, en Chiloé y en Magallanes.

Si no juzgáramos tanto con conceptos

prestados, habríamos hace mucho tiempo abierto los ojos a la antinomia estéril en que se resuelve la vida del maestro en Chile. Ya hablamos de algunos de sus desconsuelos y de cómo han de luchar contra la incomprensión hostil de los ambientes ínfimos. Miremos ahora un poco su carrera.

Se les admite sin averiguar su vocación, en una edad en que rara vez se procede por auto discernimiento. La mayoría acude a la Normal impulsada por estrecheces económicas. Se les retiene 5, y ahora 6 años, en la capital o en las cabeceras de las provincias, en la relativa cultura de un medio intelectual, y en una atmósfera en que las cosas se les dan hechas.

Salen a trabajar. Se sienten, desde luego, superiores al ambiente, incomprendidos y mal apreciados. Algunos se tornan agrios y huidizos, porque no se sienten bien en parte alguna. Otros comprenden los cortos alcances de la obra escolar frente a la miseria que ataja las esperanzas, o ante la apatía invencible del vecindario, y se vuelven revolucionarios o escépticos. De posibles apóstoles, se transforman otros en cansados burócratas que hacen sus clases tan monótona, rutinaria y perezosamente como se teclea en una máquina de escribir. La pereza lleva a algunos de la mano hacia el vicio. Los elementos mejores se trenzan en una brega abnegada frente al

medio, y si no logran un éxito visible, por lo menos captan la simpatía de las dos o tres almas superiores de los contornos. Otros cultivan más y más la teoría de su profesión, empeñados en buscar métodos que no les den fracasos por frutos. Les atajan, muchas veces, la rutina, la organización arcaica, el sistema que no permite vuelos de importancia a la iniciativa del profesor. No es de extrañar que entre los más idóneos se hallen aquellos que se transforman in petto o abiertamente en enemigos de un orden público que así esteriliza sus esfuerzos.

Necesitamos, a la par que una nueva política educadora de parte del gobierno, maestros de vocación probada, de fe en el porvenir de nuestra raza, de espíritu de sacrificio tal, que dediquen gozosamente su vida a ennoblecer el medio en que actúan, que sepan construir formas de vida más progresistas y a ayudar a la familia chilena a redimirse de su pobreza ancestral, y a la infancia a que llegue a su plenitud, sana de cuerpo, de espíritu alerta y consciente de los deberes que impone la solidaridad humana.

He aquí la gran diferencia entre los normalistas preparados en escuelas de imitación europea y los que reclaman nuestras incipientes sociedades, pesadas aún con el fuerte lastre de la incultura de las estratas inferiores. El maestro europeo no tiene más que captar y

luego vivir noblemente, la tradición civilizada de la familia popular, rica en artes y oficios autóctonos, formada a lo largo de siglos en hábitos de trabajo cuidadoso, disciplinada en el ahorro, reverente a un código ético, lejano todavía del ideal, sin duda, y lleno de supersticiones, intolerancias y crueldades, pero que si ha sobrevivido es porque aún desempeña funciones vitales para el organismo nacional. El niño que acude a la escuela en las campiñas francesas, en Cataluña o en las riberas del Elba, va ayuno de letras, pero no de cultura ambiente, que en su hogar ya ha adquirido, por medio del ejemplo de sus mayores, múltiples hábitos de vida civilizada, desde el uso cotidiano del agua para lavarse, hasta la destreza para macerar el lino e hilarlo burdamente para su ropa interior.

En los medios populares de Sud-América, los elementos de cultura práctica son tan escasos, que el maestro tiene que principiar su tarea a un nivel anterior al del A B C: ha de

enseñar a vivir.

Organización. — Se admitirá a los alumnos de las escuelas normales después que hubieren cursado satisfactoriamente en una vocacional, agrícola o de artes y oficios. La normal les perfeccionará en aquello en que sobresalgan, de modo que al

terminar los dos, o dos años y medio que pasen allí, salgan aptos para orientar a sus alumnos en la mayoría de las actividades campesinas, y para especializarlos, por lo menos, en una que el maestro domine de modo perfecto.

Tendrá la Escuela Normal, carácter de noviciado. Una de sus principales funciones será la de poner a prueba el espíritu de sacrificio, la capacidad de trabajo perseverante, la vocación pedagógica. No titulará a sus alumnos, sino que les enviará, uno o dos años a prueba, a demostrar en la práctica sus facultades. Por medio de las misiones, supervigilará su labor, ayudándoles cada vez que hubiere menester; les proporcionará cursos veraniegos para que se perfeccionen; les tenderá los libros de su biblioteca para sus continuas lecturas; será, en una palabra, el Alma Mater que no abandona a quien alguna vez se acercó a su lumbre.

Situada en medio de la rusticidad de la naturaleza, tendrá antes que todo, el carácter de un organismo en formación, para cuyo crecimiento es indispensable la colaboración cordial, minuciosa e inteligente de maestros y alumnos.

Se las dotaría inicialmente sólo de aquellos factores que necesiten para su desarrollo: una porción amplia de tierra laborable de la cual extraigan la mayor parte de las materias alimenticias diarias; de las herramientas, aperos y animales más premiosos, de uno o varios talleres industriales, que además de adiestrar a los jóvenes, provean de fondos para las necesidades cada vez más amplias del crecimiento institucional. La casa, los anexos y campos de juegos, llevarían el sello de una gran modestia.

Trabajarían allí en común, una veintena de profesores con unos cien a ciento cincuenta alumnos a lo sumo, ya en internados con edificios distintos para los jóvenes y las niñas, ya en casas bajo el tutelaje directo de matrimonios de profesores. Las circunstancias, las costumbres de la región, y no las teorías, decidirían en último término el régimen que se adoptará; porque para el segundo se necesita indispensablemente que haya matrimonios y hogares modelos, dispuestos a sacrificar la reclusión de su intimidad a la vida en común con los discípulos. Y esto no puede exigirse, o se ofrece espontáneamente, porque el carácter lo permite, o se niega por igual razón. La convivencia forzada no puede imponerse.

Dotada de los elementos de que ya hemos hecho mención, la escuela no dependería del fisco para su mantenimiento. Este pagaría al profesorado. Del fruto de la agricultura y de las industrias anexas, se extraerían los fondos para la alimentación cotidiana, la conservación y mejora de las instalaciones y para el progreso de las aulas. Tal régimen es indispensable

para enseñar a trabajar y habituar a las responsabilidades económicas.

La Dirección tendría a su cargo 5 tareas fundamentales: a) planear, orientar y supervigilar las labores de la enseñanza y del trabajo; b) responder de la parte económica; c) mantenerse en continua colaboración con las Escuelas Agrícolas o de Industrias de la región y con las Misiones que la tendrían como centro de sus jiras; d) ofrecer cursos de temporada o por correspondencia a los egresados de sus aulas, y e) servir al progreso de la comunidad que le rodee.

Planes, programas
y métodos.—

en abstracto, a menudo se
corre el riesgo de olvidar

dos factores: que no hay medio de aumentar las horas del día, y que, por consiguiente, las que se dedican al trabajo forzosamente han de ser limitadas. El segundo: que antes que nada hay que asegurar un sano desarrollo físico del estudiante. La buena salud es factor básico del equilibrio mental, de la actividad generosa, del optimismo, del goce de vivir. En el caso del muchacho, la buena salud tiene otro alcance de trascendencia fundamental: permite la actividad física constante que desvía al joven de las urgencias sexuales prematuras.

De suerte, pues, que la nota dominante

en los planes será la de permitir un margen suficiente para el ejercicio físico —que en gran parte se derivará de las propias faenas agrícolas— y para el cultivo de los deportes que después se transformen en hábitos permanentes de saludable entretención.

El tiempo que restare se dividirá en dos porciones desiguales: la mayor parte para la práctica de las actividades agrícolas o industriales, los menesteres domésticos del establecimiento —que no ha de tener criados, ni mozos, ni cocineros, sino que ha de ser atendido por turno por los propios alumnos. La porción más escasa, se dedicará a los estudios teóricos.

Como cada escuela servirá a las urgencias de la zona, los programas serán flexibles, en perpetuo estado de adaptación, con posibilidad para que los directores, de acuerdo con las autoridades respectivas, los modifiquen y ensayen. Cuando el objetivo de la instrucción es claro y distinto, cuando hay lealtad profesional, en el sentido de que cada uno se dedica con todas las potencias de su espíritu a la obra común, hay que permitir que la personalidad de los profesores se desarrolle sin sujeción al marco férreo de un plan íntegramente concebido por otros. Ha de formarse un plan, se detallarán programas, pero ni uniformes ni totales. Se señalará un mínimo sobre el cual

los maestros ejerciten las iniciativas que estimen necesarias.

Cuando se habla de una escuela del trabajo —como serían estas normales campesinas— no hay más que un método posible: el activo y más que un solo régimen: el familiar. La escuela sería una finca modelo en que el director —jefe, patrón y padre a la vez—, sería secundado por los profesores, en calidad de compañeros, y por los estudiantes, como hijos y colaboradores en una empresa común. Se enseñaría trabajando y viviendo una existencia activa, útil a la comunidad, alegre en el cumplimiento gozoso del deber y confiada en que se está ayudando a preparar un porvenir mejor a la raza. (34).

El sistema económico será el cooperativista. A cada cual se le valorizará su labor, en cantidad, en calidad y en virtudes ejemplares que representa. De este modo, se templarán los ánimos, se fortalecerá la fe en el esfuerzo propio y se forjará el tipo de maestro que el pueblo necesita para su redención.

Además de los cursos regulares, la escuela los tendría de post-graduados. Se determinarían en ellos las especialidades: quién aceptará, por acordar mejor con su temperamento, la de mero educador de infantes; quién tenderá a ser maestro de adolescentes; otro se preparará para misionero, especialista en alguna de las actividades que constituyan la misión; unos últimos, se formarán como profesores futuros de la normal. Las relaciones de ésta con sus ex-alumnos no terminarían nunca. Aún a aquellos maestros envejecidos, les place volver a la escuela a refrescar sus conocimientos, a fortalecer sus ideales, a sentirse secundados en su obra solitaria por compañeros lejanos que dudan sus mismas cuitas, sufren parecidos desmayos y tienen que luchar contra obstáculos semejantes.

Para ayudar al enaltecih) Conclusión .miento de nuestras clases campesinas, propiciamos, en síntesis, una política de intensificación productora completada por una orientación educativa. La primera tendería a poner al labriego en condiciones de llegar a ser un pequeño propietario cooperado, capaz de producir lo suficiente para vivir y prosperar. El latifundista, cuando está ausente de su tierra y de sus gentes, y las explota por intermedio de arrendatarios, administradores o capataces, tendrá que dejar paso al hombre que dirija y trabaje él mismo su predio. Que la tierra y sus gentes prosperen al amor de quienes convivan con ellas. Tal como existe en nuestro Valle Céntrico, el latifundio significa, por lo general, en lo agrario, rutina y producción incompleta; en lo social, la supervivencia de un sistema semi-feudatario que es la más cerrada valla en contra del advenimiento de un bienestar holgado para nuestro pueblo; en lo económico, una riqueza hoy muy inestable para el dueño y miseria de por vida para el hombre que se unce junto con el buey, al arado; y en lo cívico, depósito de materia inflamable para cualquier explosivo revolucionario.

Siendo tan primordiales, las medidas económicas han de acompañarse por otras educativas para asegurar una cosecha de paz. El sistema pedagógico rural comprendería: a) escuelas elementales completas para niños de 7 a 13 años, cuyos planes, programas y métodos se vincularían estrechamente con las necesidades de la vida regional; b) cursos vocacionales campesinos, funcionando, ya en las escuelas completas, ya en establecimientos separados, y dirigidos a enseñar a los adolescentes todas aquellas artes, oficios, industrias y técnicas que ayudan a mejorar la vida doméstica, haciendo mejor uso del trabajo del hombre y de los recursos naturales; c) misiones ambulantes que enseñen a los adultos en sus propios campos y que preparen a los bien dotados para salir de su condición de peones y convertirse en pequeños propietarios, capaces de producir y vender en forma cooperativista; d) Escuelas Normales campesinas para la pre-

paración de los diversos tipos de maestros que necesite el sistema, y e) Escuelas de Agricultura, de Artes y Oficios en cada provincia. No funcionarían aisladamente, sino participando en un organismo en que los establecimientos superiores: Escuelas Normales, y provinciales de Agricultdra u Oficios, desempeñasen las funciones de investigar y descubrir nuevas fuentes de prosperidad y bienestar para la región. Vigilarían, además, permanentemente el progreso, la renovación y la eficacia de la enseñanza de los planteles de su zona, hasta que todos estuviesen animados del mismo fervor apostólico, del mismo acendrado, sincero y activo anhelo de mejorar la vida de nuestras clases agrarias. Sin ese espíritu de servicio, de amor al prójimo y de solidaridad con nuestra nación, es vano e ilusorio cualquier esfuerzo.

Creemos firmemente que esta obra es posible; que bien estudiados los presupuestos, y enseñado el gobierno a hacer mejor uso de su salario —quiero decir de las rentas del país—podríamos en un par de lustros, terminar con este raquitismo mortal que nos consume y mirar de nuevo los destinos americanos como potencia de primer rango. Necesitamos, sí, ponernos al trabajo ahora mismo, y no mañana; ponernos a la obra con fervor de cruzados, con sinceridad humilde, con absoluto desinterés personal, y sin otra mira que ayudar al flore-

cimiento pleno de la raza, para que, cierta de su destino, module algún día ese verbo inconfundible y único con que se habla a la eternidad.

FIN